



NADA ES IMPOSIBLE

Por Juan Moro

El crucero estelar Aniquilador, se dirigía al sistema solar Günter para sofocar una pequeña rebelión. El puente de mando hervía en frenética actividad. El Capitán Katana, un oriental de la vieja escuela de oficiales, miraba al joven Capitán Dillon. Le iba a sustituir en cuanto sofocaran la rebelión. En parte estaba contento ante la llegada de la jubilación pero intuía que echaría de menos la acción. El oficial de suministro estaba en el puente, cualquier oficial sabía que eso significaba que algo faltaba para el buen funcionamiento del crucero. El Capitán Katana le miró serio a la espera de que se decidiera a hablar. Tuvo que esperar más de quince minutos a que hiciera los cálculos y encontrara el lugar a donde deberían dirigirse para aprovisionarse.

- ¿Y bien, oficial Mhister? ¿Va a decirme qué es lo que ocurre?

- Ya he hecho el cálculo definitivo. Estamos excesivamente cortos de alimentos cárnicos para las tropas. Para cinco días como máximo. Hemos de aprovisionarnos en algún planeta de camino antes de nuestro objetivo o si no, se acabarán comiendo sus armas –dijo irónico, obviando decir al Capitán que se podría montar un motín como volvieran a reducir las raciones. Sería arriesgarse a un arresto.



- Menos mal que redujimos las raciones ayer, incluida la mía y la del Capitán Dillon. En esta nave no hay privilegios –dijo echando una dura mirada por el puente.

- ¿Ha elegido ya el planeta donde aprovisionarnos? –le preguntó el Capitán Dillon, tratando de empezar a introducir su mando entre la tripulación.

- Sí. He consultado el mapa estelar y hay un planeta de clase uno que es perfecto.

- ¿De clase uno? ¡Fantástico! Enviaremos cazadores, será un buen incentivo para las tropas comer carne fresca antes de entrar en combate, para variar –dijo el Capitán Dillon, realmente entusiasmado.

- Es una buena idea, elevará la moral. ¿Cómo se llama esa maravilla? –preguntó el Capitán Katana.

- Ares.

- Elija otro –dijo seco y escueto el Capitán Katana.

- ¿Perdone, Capitán?

- Que elija otro, oficial.

- El siguiente cercano y apropiado es de clase dos, Ziten y nos desviará de nuestra ruta retrasándonos dieciséis horas...

- Bien, iremos allí.

- Pe... –empezó a decir el Capitán Dillon mordiéndose la lengua al ver la fría mirada del viejo Capitán.



Una vez decidido el objetivo y habiendo recibido todos sus correspondientes órdenes, le hizo un gesto al Capitán Dilon para que le acompañara a su camarote. Una vez dentro, el Capitán Katana abrió el mueble bar, sirvió dos generosos vasos de ginebra colonial y le entregó uno.

- Siéntese, por favor –le dijo señalando la única silla.

- Gracias, señor.

- Estamos solos, dejémonos de formalidades, Dilon. En unas semanas serás tú el que esté al mando de esta nave.

- Como quieras, Katana.

- Pega un buen trago porque con lo que te voy a relatar, te va a hacer falta.

- Me tienes sobre ascuas.

- Supongo que te habrá sorprendido mi negativa a aterrizar en Ares

- Sí, lo reconozco. Me ha dejado perplejo.

- ¿Qué has pensado?

- Que era por una cuestión personal.

- Te equivocas. La razón es que ese planeta no pertenece a la Unión.

- ¿CÓMO? Disculpa pero eso es imposible. Está en medio de los sistemas conquistados. No hay planetas que no estén bajo el mando del Zar Mohamed Grial IV.



- Ya. Eres un Capitán novato y todavía, al no haberme relevado, no has accedido a los archivos de alto secreto de la flota de la confederación de la flota del Zar. Esto deberías haberlo leído en mi presencia tras haberme sustituido, pero como tenemos tiempo mientras vamos a Ziten a aprovisionarnos...

- ¿Así que no es una broma? Hay un planeta que no está bajo nuestro control y en medio de la Unión.

- Así es. Escucha con atención. ¿Qué sabes de la flota Fiordo?

- Que fue disuelta y redistribuida entre las demás. Al no resultar eficaz en su emplazamiento, se empleó como refuerzo.

- Esa es la versión oficial para la tropa. Una pregunta. ¿Conoces a alguien que haya estado en la Fiordo? Porque dado que has llegado a Capitán, has debido servir en multitud de naves y conocido a muchas tripulaciones.

- Ahora que lo mencionas, no. Pero muchos tripulantes dicen haber estado...

- Ya, ya, ya... Un amigo que conoció, a uno que conocía a... Nadie ha hablado con uno personalmente... Eso es por que están todos muertos.

- ¿Una flota entera? ¡Imposible!

- Desde ese día puedo asegurarte que ningún Capitán piensa que hay algo ahí fuera que sea imposible.



- Te escucho atentamente –le dijo a la vez que le alargaba el vaso para que se lo rellenara con más ginebra colonial.

- El planeta fue descubierto tras la batalla de Milton.

- Recuerdo las clases, esa fue una buena batalla contra los Xinon, ahora están absolutamente integrados en nuestra sociedad.

- Sí, ya te contaré en otra ocasión cosas sobre esas contiendas. Bueno, lo que te decía, Ares fue descubierto tras la cruenta batalla final contra la flota Xinon. El Zar Mohamed Grial II ordenó a todas las naves de exploración que buscaran planetas donde aprovisionar a la flota y enriquecer a la Unión. Una se topó con Ares.

Como bien sabes, todas las naves emiten constantemente todo lo que acontece a la sede central del gobierno del Zar, por eso sabemos lo que ocurrió. Los sistemas informan de todo, y digo todo, a la sede central. Así que te recomiendo que nunca se te ocurra mentir en tus informes porque serás descubierto en el acto.

- Eso lo estudié en la academia de oficiales...

- Ya. Pronto descubrirás que la transmisión no conoce excepciones. Una nave de exploración, tras rastrear un planeta y situar medio centenar de satélites, no pudo creer las lecturas que le llegaban. Era de clase uno, el más rico en metales de todo tipo que jamás se había encontrado: oro, platino, mercurio, uranio...con una vegetación rica y exuberante. Con una atmósfera perfecta, rico en agua y clima benigno vamos... el paraíso.



Sí, eso que estás pensando también. Tenía vida humana e inteligente, pero primitiva. Vivían en campamentos nómadas, cerca de cuevas y su armamento consistía en lanzas, arcos, flechas y pequeños cuchillos que utilizaban para desollar la caza.

Ningún problema o riesgo para nuestra inminente colonización.

La nave se posó sin dificultad sobre la verde pradera. El equipo de exploración, compuesto por un Teniente y diez soldados, salió hacia el frondoso bosque para cazar algo y tener así carne fresca que comer. No se habían alejado veinticinco metros, cuando de entre la espesura surgieron tres primitivos hombres que cubiertos con un taparrabos de piel, portaban, en una mano, unas toscas lanzas de madera rematadas con puntas de metal y en la otra un arco. En su espalda sobresalía un carcaj con media docena de flechas. Del cinto que ceñía sus caderas, colgaba un cuchillo con hoja de metal y empuñadura de hueso.

Avanzaron a su encuentro sin miedo, deteniéndose a tres metros. El que iba en medio, que debía ser su líder, empezó a hablar aparentemente muy enfadado.

El Teniente activó el traductor y, en pocos segundos, les desveló lo que decía el indígena. Para algo debía habernos servido el conquistar tantos pueblos y analizar sus lenguas.



- ¿Quiénes sois vosotros? ¿Cómo osáis dañar a nuestra Madre? – preguntó señalando el área chamuscada por los motores de la nave al descender.

- Desde este instante, este planeta, sus animales, vegetación y minerales nos pertenecen. Vosotros os someteréis y rendiréis obediencia al gran Zar Mohamed del Grial II.

- Nosotros sólo le debemos obediencia a la Madre. ¡Fuera! ¡Y no volváis! –espetó energético.

Uno de los acompañantes del primitivo líder hizo un gesto amenazante como apoyo a las palabras de su jefe y los soldados, algunos novatos, dispararon contra ellos acribillándoles.

El Teniente puso los brazos en jarras a la espera de refuerzos, esto les podría traer problemas con la población local. En dos minutos se les unieron veinte soldados más. Les ordenó formar junto a los demás y prepararse para marchar hacia el poblado, a no más de diez kilómetros según los datos suministrados por los satélites. El cálculo inicial era que sumaban unos doscientos cincuenta habitantes, incluidos mujeres, niños y ancianos. El Teniente estaba muy confiado y seguro, porque además de su superioridad armamentística, contaban con el factor sorpresa, los primitivos no podían saber nada del “incidente” con los otros tres. Sorprenderían al poblado y matarían a todos sus habitantes menos a uno para que informara



a su raza de la matanza y sirviera así de escarmiento para cualquier intento de rebelión.

Inesperadamente, de la espesura, surgieron cientos de primitivos que les atacaron ferozmente con lanzas, una lluvia de flechas y primitivas hachas de metal con tibias como mango. A pesar de que reaccionaron rápidamente y dispararon indiscriminadamente, eran demasiados y cayeron sobre ellos degollándolos o aplastando sus cráneos con las hachas. La lucha duró menos de cinco minutos, luego su ira se centró en la nave. Al verles acercarse cerraron las compuertas y se prepararon para despegar. No pudieron hacerlo, comprobaron con amargura que se habían equivocado en la elección del terreno a la hora de aterrizar. Blando e inestable, había cedido con el peso, provocando el hundimiento de las toberas en el barro. Si intentaban despegar, la nave estallaría en mil pedazos.

- Un momento. ¿Los satélites no les avisaron de la horda que se ocultaba en el bosque? –preguntó Dillon.

- No. La espesura de la selva lo impidió.

Continuó. Enseguida se vieron rodeados de enemigos, eran por lo menos un par de miles. A pesar de su armamento, era imposible hacerles frente, sólo quedaban diez soldados y veinte tripulantes. Durante unos minutos golpearon inútilmente el duro metal de la nave con sus hachas, consiguiendo unos leves arañazos. Luego se produjo un absoluto silencio que consiguió que se les encogiera el corazón. Todos se agolparon ante la



pantalla principal de la sala de mando, que dividida en cuatro partes, mostraba el exterior en los cuatro puntos cardinales. La que mostraba la selva, les dejó perplejos. De ella surgieron más primitivos que arreaban a unas enormes bestias que iban en parejas. Entre ambas, fuertemente atado, un ariete de madera que sobresalía un par de metros y que tenía recubierta su punta con un cono de metal.

Dieciocho horas estuvieron golpeando la nave con los arietes, usando a las bestias para que el golpe fuera producido con la mayor fuerza posible. La nave resonaba como una campana gigante logrando volver a la tripulación loca y sorda. Finalmente consiguieron hacer una brecha y penetrar como fieras hambrientas de sangre.

Lo acontecido después fue aún más desconcertante. En un principio se atribuyó a alguna extraña costumbre tribal, ya que enterraron con cariño y cuidado a los tres primeros primitivos que mató el Teniente en el lugar donde habían caído, cargaron, a continuación, con los cuerpos de los demás muertos en la batalla, los suyos y los nuestros y, ayudados por los animales, sacaron la nave del barro y la arrastraron hacia una montaña cercana que resultó ser un volcán en activo. Primero se arrojaron a la lava los cuerpos de los caídos y luego, sin miedo, sin proferir un grito, se arrojaron ellos tras la nave. Los satélites lo transmitieron todo al palacio del Zar Mohamed del Grial II.

Ya te imaginas el ataque de ira del Zar.



- ¿Creen esos perros que por suicidarse no voy a tomar represalias?
¡Enviad a la flota Fiordo y que no dejen a ninguna de esas ratas con vida! ¡A ninguna!

Una semana después, la flota rodeaba Ares. El Almirante, un hombre prudente, envió como primer ataque a cinco cruceros pequeños de desembarco. Esta vez, escanearon el suelo para asegurarse de que no les ocurriera lo mismo que a la nave de exploración. Aterrizaron a tres kilómetros de la primera. Cuatro lo hicieron en la llanura y la quinta sobre una zona de roca pura, granito para ser exactos. Desembarcaron cinco mil soldados fuertemente armados y varios vehículos de asalto. Formaron y se prepararon para avanzar pero no llegaron a hacerlo. De la selva surgieron como una marabunta, una riada imparable de primitivos. ¡Miles! ¡Decenas de miles! El combate duró veinte minutos. No pudieron contenerles... Las naves, tras recoger a los escasos supervivientes, se prepararon para despegar.

- ¡Qué desastre! –exclamó Dilon conmovido.

Ahora empieza lo increíble, imposible como tú dirías. Las cuatro que habían aterrizado en la llanura se habían hundido en la tierra, el barro había inundado las toberas y no pudieron despegar. Ya te imaginas cómo acabaron con ellas. La quinta despegó pero cuando empezaba a elevarse, se inició una violenta tormenta con tan mala suerte que un rayo de



grandísima potencia, mucho más que los famosos del sistema Silcrom IV, le alcanzó de pleno en los motores, parándolos. Cayeron a plomo.

El Almirante recibió la orden de un ataque total, el Zar los quería a todos muertos, la vida arrasada en el planeta y todas las riquezas (sobre todo le interesaban los metales) en sus almacenes, quería que cuando se fueran de ese lugar se hubiera convertido en un maldito desierto carente de vida. A pesar de la orden, conocía el carácter ecléctico de Zar, así que sólo envió al combate a la mitad de la flota con él al mando. ¡Cincuenta mil naves de desembarco! ¡Cien millones de soldados! Según se acercaban, la climatología parecía empeorar. La tormenta que se había iniciado y que había acabado con la quinta nave, parecía descontrolada, su crecimiento no tenía límite y así fue. Enseguida se convirtió en una tormenta global que pilló a las naves justo cuando estaban en pleno descenso. Fue un horror. Los rayos lo cubrían todo, parecían una tupida red de pesca. Tan sólo consiguió aterrizar un tercio de ellas, la demás fueron destruidas en vuelo.

En el hemisferio sur-oriental, la climatología resultó ser más benigna y consiguieron pasar más naves. Pero lo habían hecho a veinte kilómetros de lo planificado. El Almirante que había conseguido aterrizar de milagro, ya que su nave había sido alcanzada por dos rayos, agrupó un contingente de soldados compuesto por medio millón de hombres. Los satélites les indicaron la existencia de una pequeña población, compuesta por algo más de mil individuos, a dieciocho kilómetros, en apariencia más estable y



menos nómada. Dividió a sus soldados en escuadrones y partieron en su busca. Siete horas tardaron en llegar, tras recorrer una enorme y basta planicie, observaron con decepción que estaba abandonada. Enseguida se dieron cuenta de que no eran muy inteligentes, ya que, por las huellas, rápidamente supieron que se habían ocultado en unas cuevas, a más o menos tres kilómetros del poblado. Eran meros agujeros en una pared vertical que no mostraba ningún tipo de escaleras o cuerdas para su acceso, podían oír los lloros de los niños y bebés y cómo de vez en cuando alguno de ellos se asomaba brevemente para mirarlos. Cuando empezaba a pensar en cómo iba a preparar el ataque, vio que algo se movía en el suelo unos metros más adelante. Avanzó con prudencia junto a un Capitán y vio a uno de sus soldados. Los tres miraron el suelo que se agitaba. Era como si algún tipo de animal intentara salir de él. Empezó a brotar algo que en un principio equivocaron con un coco, luego se dieron cuenta de que se trataba de una cabeza humana. Como si fuera empujado desde el averno, surgió un rígido primitivo sin vida, con su lanza, arco, flechas y cuchillo. Su mirada vacía, inerte... De pronto sufrió un breve espasmo y sus ojos cobraron vida y le miraron. Sin mediar palabra arrojó con fuerza la lanza contra el Almirante atravesándole el pecho. Estaba muerto antes de tocar el suelo.

El Capitán que le acompañaba reaccionó con rapidez y con una ráfaga de balas acabó con él. Cuando se giró para mirar a las tropas, se percató que por todo el valle se podían ver miles de montículos de tierra que se



agitaban y vibraban. Los satélites demostraron que eran millones. Surgieron cabezas por todas partes...

Ninguno consiguió regresar a una nave. Tampoco logró despegar ninguna.

El Zar Mohamed del Grial II, a pesar de ver las imágenes transmitidas por los satélites, no podía creer en su derrota así que alegando que ese planeta era un peligro para la Unión, ordenó su destrucción.

El Vicealmirante, ahora al mando, ordenó a un pequeño grupo de su flota que se dirigiera al cinturón de asteroides del sistema y desviara la trayectoria de uno lo suficientemente grande como para acabar con cualquier forma de vida que poblara Ares. Tras los correspondientes cálculos, se le proporcionó una gran velocidad y se lanzó contra el planeta. Fallaron. El asteroide paso por "delante" del planeta. Volvieron a comprobar sus datos y arrojaron otro. También erraron. Este pasó por "detrás". Con asombro y tras no pocas revisiones, descubrieron que el planeta había decelerado y acelerado para esquivar las colisiones. Para evitar la ira del Zar, el Vicealmirante ordenó a todas las naves incluida la suya, que fueran al cinturón y que desviaran todos los asteroides posibles a lo largo de toda la órbita de Ares de forma que no pudiera esquivarlos.

- ¿No me digas que...?

- Efectivamente, cambió de órbita. No fue alcanzado. El Zar ordenó, a pesar de que el planeta quedaría inservible, que la flota usara todos sus



misiles nucleares. Un millón de bombas atómicas teledirigidas se enviaron al planeta. Acelerara, decelerara o cambiara de órbita, todas las bombas irían directas hacia él, arrasándolo. Para cuando ya habían sobrepasado los satélites, el planeta se estremeció e hizo algo increíble, emitió una onda electromagnética de tal potencia que achicharró las bombas inutilizándolas, luego alcanzó a los satélites estropeándolos. Fue tan potente que llegó en cuestión de minutos al cinturón de asteroides, destruyendo todos los componentes electrónicos de los cruceros.

- ¡Por el gran Zar! –exclamó el Capitán Dilon asustado.

- Ahora ese cinturón lo componen billones de toneladas de asteroides y la mitad de la flota Fiordo con sus tripulaciones heladas en su interior.

- ¿No se intentó rescatarles? –preguntó afligido.

- La nave más cercana hubiese tardado en cuatro días y, en tres, ya se habrían congelado. Las naves que no se estrellaron contra los asteroides y que no estallaron, se volvieron locas, algunas incluso abrieron sus compuertas vaciándose de aire. Un rescate sería inútil y excesivamente arriesgado. Esa onda electromagnética llegó hasta el final de su sistema solar.

El Zar lo declaró sistema clausurado. Está prohibido acercarse. Como puedes suponer no debes comentar esto que te he relatado a nadie. Nuestros xenobiólogos han llegado a la conclusión de que el planeta es un ser vivo y que en su superficie viven realmente hombres, no los que



lucharon contra nosotros, sino los que captaron los satélites al principio. Los únicos humanos que matamos fueron los tres del comienzo, los otros eran, como decirlo... los anticuerpos. Fuimos considerados como una enfermedad. No podremos volver a acercarnos, ahora nos conoce.

- Nunca hubiera creído que existiera algo así –dijo pasmado Dillon.

- Entonces espera a relevarme y a leer los archivos para Capitanes, muchacho. Nunca digas que algo no es posible o que no puede existir –dijo irónico el Capitán Katana.

- Un momento, por lo que ha dicho Mhister estamos muy cerca de Ares.

- Sí...

- ¿Dónde está ubicado ese planeta de clase dos? –preguntó Dillon alarmado.

- ¡Por el gran Zar! ¡Corre!

Entraron como una tromba en el puente, viendo cómo Ares aparecía en medio de la pantalla.

- Capitán, me alegro de verle. Ares está haciendo algo muy raro, ha empezado a vibrar... –dijo el supervisor de sistemas callándose al ver la cara de miedo de ambos capitanes.

- ¡Le dije que no se dirigiera a Ares! –le gritó a Mhister.



- Y le he obedecido, he trazado una trayectoria de aceleración para que, al aproximarnos, su estrella nos proporcionara un impulso tal que nos ahorrara cinco horas de carga en los impulsores de materia negra...

- ¿Cuánto tardará en alcanzarnos? –le preguntó por sorpresa Dillon.

- Cinco, tal vez siete minutos... Pero es imposible escapar, los impulsores de materia negra...

- Recuerde sus lecciones, no hay nada imposible. ¡Oficial Mhister! ¿Cuánto tardaremos en alcanzar el punto de aceleración de la estrella y salir del sistema solar a la velocidad actual?

- A esta velocidad... Dos días, Capitán.

Avanzó hasta el oficial de transmisión interna y le ordenó que conectara todos los altavoces de la nave.

- Les habla el Capitán Dillon. El Capitán Katana me asegura que ustedes son la mejor tripulación y las mejores tropas que un Capitán puede tener bajo su mando. ¡NO LE CREO! ¡Vamos a hacer un simulacro de avería total! Así que quiero a todo el mundo en sus literas. Ni un aparato eléctrico encendido. Ni uno, o les juro que pasarán lo que les queda de sus alistamientos en el calabozo. Vamos a ver si es cierto y cómo se van a arreglar con todos los sistemas apagados. ¡PREPÁRENSE PARA LA MÁS ABSOLUTA OSCURIDAD Y A PASAR UN FRIO COMO NUNCA HAN PASADO! ¡DOS DÍAS! ¡NO ME DECEPCIONEN! El simulacro empezará en tres minutos –dijo cortando la comunicación.



El Capitán Katana le miró con admiración. Con los sistemas desconectados la onda electromagnética no podría achicharrarlos. Podrían aguantar sin congelarse hasta tres días, para entonces ya habrían salido del alcance de Ares. Este chico iba a ser un excelente Capitán y tenía el convencimiento de que se oiría hablar mucho de él. Casi olvida su propia lección, en realidad no hay nada que sea imposible.

Autor: Juan Moro Lumbreras; San Sebastián, Guipúzcoa, España.

Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.